

PICO DESTRIPIADOR Y GUANTES DE PESO COMPLETO

David Ojeda,
(seudónimo: Carlos)

El volcán de carne fue entonces desgarrado a cornadas por minotauros, cavado ávidamente por ratas gigantes, sangrientamente devorado por dragones.

ERNESTO SABATO

Nadie te creerá padre que me hiciste por teléfono y luego a casarte porque mamá ya tenía su embarazo y me cargaba en su elástico vientre. Puedes relatarme de antecedentes que mi madre desde niña fue así de extraña: que porque la abuela, al tratar de prevenirla contra los jovencitos, le contaba el asunto del ángel de la guarda que era una fiera para los golpes y podría defenderla cuando alguien como tú tratara de levantarle la falda (por eso mamá temía y soñaba al ángel con alas amarillas, con pico destripador y guantes de peso completo). Inclusive, si quieres, puedes platicarme nuevamente la famosa historia de cómo papá conoció a mamá en la fiesta de escuela estaba la niñita sentada, toda temblorosa de vivir el primer baile y que te descubre igualito a Juan Fernando el de Corín Tellado (colección semanal), y tú que la ves de vestido largo, ella completamente nueva en eso de escabullir miradas y señales; y no esperaste más y ya a su lado le coges una mano como de marfil para invitarla a qué a gusto bailamos; pero ella que mi mamá debe estar enojadísima porque nunca ningún hombre me ha toca-

do y a mí también sabe qué me da y mejor gracias. Tú, papá, muchachito en esos días, te fuiste a dormir como si nada, aunque luego, pensando pensando, concluiste en que debería ser una gran aventura conquistar una niña así: virgen, bonita y prometedora; y averiguaste su número de teléfono y todas las noches, cuando tus padres duerman te llamaré para decirte de amores tienes que escucharme linda ring te amo ya. Y ella que no entiendo por qué me lo pides si en tiempos de papá mamá no se podían tocar con los labios sino hasta después de casados y no me digas esas cosas que me pongo colorada. Pero tú, papá, me cuentas que insistías, que no seas mala, que en las noches sueño contigo y he de conformarme con la almohada, que mira linda hay cosas que ignoras; por ejemplo, el agujerito que seguramente tienen los camiones de tu madre es para esto y lo otro muy sabroso. Entonces ella gemía y de tanto sudarle sus marfileas manecitas se le resbalaba el teléfono y luego iba corriendo a donde mi abuelo se acostaba solo, condenado por la abuela, y le preguntaba si era cierto todo aquello y



él le respondía que sí hija y que te estás haciendo toda una mujer. Mientras tanto, tú padre, aún con el aparato en la mano, creías que con un poco más y listo. Fue después que te buscó la abuela para golpearte con su negro paraguas y gritarte cómo su hijita afiebrada ya me llevaba en su seno virginal, concebido por teléfono (esto no lo creo padre; pero tú apechugáste y me casaré con su niña señora).

Puedes decirles papá que tres meses después del matrimonio tus suegros se divorciaron y ya nada se supo de la abuela, que nací yo a los cuatro meses de tu boda y que al ir creciendo llegué a ser la viva imagen del abuelito materno qué lindo fui, que después de mi nacimiento mamá se encerró en su cuarto y los primeros días le rogaste déjame entrar sólo a verte, nada intentaré linda; pero ella no y no, ningún hombre me tocará, lo he prometido, si me quieres trae mi comida y cuida al niño.

Yo puedo explicarles padre que esta puerta no se abría y que yo no vi a mi madre sino hasta el día que murió el abuelo y ella me llevó al entierro de su papacito y mírelo bien hijo, él sí era todo un hombre me sollozaba mientras tú esta-

bas feliz porque tras varios años podías verla y sentir su enlutado brazo reposando entre tus manos; sólo que luego, ya en casa, mi mamá tu esposa volvió a encerrarse y tú a llevarle la comida, y de vez en vez, cuidando que yo no viera, te bajabas el cierre del pantalón y te acercabas a la pequeña abertura que permitía la cadena en la puerta y a través de ella aleteaba una manita blanca (como de marfil) que se ponía a acariciarte. Tú murmurabas después que gracias linda y recogías la bandeja con los platos vacíos y te ibas pretendiendo no escuchar aquella voz que pedía perdón a todos los santos por lo que he hecho madre mía.

Yo sé padre que tu enorme desesperación te orilló a suspender las comidas y si no sales desnuda mujer te comerás tu hambre. Sé que ella no salió y que poco a poco cesaron sus ruegos, lo que nos obligó a derribar la puerta para encontrar a mamá (la que tenía su pollote de la guarda) muerta con muchas ropas puestas y con sus manos blancas cruzadas sobre sus piernas. Sabemos padre que ella murió casi en paz; pero no te creerán cuando la vean toda abierta sólo porque tú quisiste averiguar qué era lo que tenía dentro.